

racion cambiaban en espejo. El caballero se inclinó hácia él. Despues de las fatigas de aquel largo viaje, que apenas le habia dejado sobre el cuerpo algunos harapos, despues sobre todo de las sacudidas de aquella noche de caza sobrenatural, él esperaba que al verse se espantase de sí mismo, y no fué así. Fuese virtud del talisman que le dió la sultana, fuese efecto del elixir que el diablo le hizo beber, estaba más encantador, más fresco, más jóven y más reposado que nunca. Lo que le admiró sobre todo fué verse cubierto de un traje completamente nuevo y por extremo magnífico. Tenia las ideas de tal modo embrolladas en su cerebro, que no pudo recordar en qué hora de la noche se engalanó de aquella manera. Estaba así bellísimo. Tenia el traje de un príncipe y la apariencia de un génio.

Mientras que se miraba, algun tanto sorprendido, pero muy satisfecho, y encontrándose muy á su gusto, oyó una segunda carcajada más jovial todavía que la primera. Se volvió y no vió á nadie. Era el diablo que se reia en su caverna.

Atravesó el patio de honor. Los hombres de armas se asomaron á las almenas de las murallas; ninguno le reconoció, y tampoco él reconoció á ninguno. Las sirvientes de zagalejos cortos, que lavaban la ropa blanca en la orilla de los lavaderos, se volvieron y ninguna le reconoció, y él tampoco reconoció á ninguna. Pero tenia tan buena figura, que se le dejó pasar por aquello de que gran aspecto supone gran nombre.

Sabia su camino y se dirigió hácia la escalera de caracol de la torrecilla que conducia al aposento de Bauldour. Al atravesar el patio le pareció que las fachadas del castillo estaban algo más oscurecidas y arrugadas, y que las hiedras que trepaban por los muros del Norte eran desmesuradamente espesas, y las videssombreadaban los muros del Mediodía se habian poblado extraordinariamente. Pero ¿un corazon enamorado se vá á maravillar por algunas piedras negras y por algunas hojas de más ó de menos?

Cuando llegó á la torrecilla le costó algun trabajo reconocer la puerta. La bóveda de esta escalera era una bóveda espiral suspendida alrededor de la torre, y cuando partió Pecopin, el padre de Bauldour hizo reconstruir la entrada de nuevo con el excelente asperón blanco de Heidelberg. Esta entrada, que, segun los cálculos de Pecopin, la habia cons-

truido apenas hacia cinco años, estaba ahora muy oscura y muy resquebrajada y roida por las yerbas, y en el arco de la bóveda daba abrigo á tres ó cuatro nidos de golondrinas; pero ¿un corazon enamorado se admira porque haya algunos nidos de golondrinas?

Si tuviesen costumbre los relámpagos de subir las escaleras, compararia á Pecopin á uno de ellos. En un abrir y cerrar de ojos subió al quinto piso y se colocó delante de la puerta del gabinete de Bauldour. Esta puerta al menos no estaba ni ennegrecida ni cambiada; era siempre la misma, alegre, limpia y sin manchas, con su herraje luciente como la plata, con los nudos de la madera claros como la pupila de una jóven hermosa, y daba á entender bien á las claras esa puerta virginal, que la jóven castellana no habia dejado una sola mañana de hacerla lavar por las mujeres que tenia á su servicio. La llave estaba en la cerradura, como si Bauldour estuviese esperando á Pecopin.

No habia más que poner la mano sobre esta llave y entrar. Pecopin se detuvo. Apenas podia respirar de alegría, de satisfaccion y de dicha, y acaso tambien se mezclaba un poco en esta fatiga el haber subido cinco pisos. Grandes llamaradas de color de rosa pasaban por delante de sus ojos y le parecia que refrescaban su frente. Un zumbido se agitaba sordamente en su cabeza y su corazon parecia que queria estallar.

Cuando se calmó esta primera impresion y el silencio comenzó á ejercer su imperio escuchó. ¿Cómo expresar la conmocion que experimentó aquella pobre alma embriagada de amor? A través de la puerta oyó el ruido de un torno en la habitacion.

XVIII.

Donde aprenderán los espíritus graves cuál es la más impertinente de las metáforas.

En rigor ese torno podia muy bien no ser el de Bauldour y ser quizás el torno de alguna de sus doncellas, porque junto á su habitacion Bauldour tenia un oratorio, donde pasaba frecuentemente los dias. Si ella hilaba mucho, oraba más aun. Pecopin pensó para sí en todo esto un poco, pero no por eso dejó de escuchar con delicia el torno. Esas son las tonterías del hombre que ama, sobre todo cuando se tiene un alma elevada y un gran corazon.

Momentos como los que estaba pasando Pecopin se componen de éxtasis que quiere esperar y de impaciencia que desea entrar; el equilibrio dura algunos minutos, pero luego un instante de impaciencia lo echa todo á rodar. Pecopin, temblando, puso por fin la mano en la llave, dió la vuelta á la cerradura, el pestillo cedió, se abrió la puerta y entró.

—Ah! se dijo para sí, me he engañado; no era el torno de Bauldour.

En efecto, no cabia dudar que en la habitacion habia alguno que hilaba, pero era una vieja. Una vieja es decir poco; era una vieja hada, porque las hadas solamente llegan á esas edades fabulosas y á esas decrepitudes seculares. Aquella dueña parecia tener, y tenia necesariamente, más de cien años. Figúrate, si puedes, una pobre criatura humana ó sobrehumana, encorvada, arrugada, cascada, curtida, debilitada, rajada, escamada, carcomida, hecha una pasa y ceñuda; con las cejas y los cabellos blancos, los dientes y los labios negros y amarillo lo demás del cuerpo; flaca, calva, pelada, terrosa, vacilante y horrible. Y si quieres tener una idea de aquel rostro, donde mil arrugas venian á confluír en la boca como los rayos de una rueda en el centro, imagínate que ves vivir la insolente metáfora de los latinos, *anus*. Ese sér venerable y horrible estaba sentado ó acurrucado cerca de la ventana, con los ojos inclinados hácia el torno y el huso en la mano como una parca.

La buena señora al parecer era muy sorda, porque al ruido que hicieron la puerta al abrirse y Pecopin entrando no hizo el menor movimiento.

En vista de esto el caballero, dejando á un lado sus ínfulas y sus presunciones, como es de rigor y ante personas de tan respetable edad, dando un paso hácia adelante, dijo:—Señora dueña, ¿dónde está Bauldour?

La dama centenaria levantó los ojos, dejó caer el hilo, temblaron todos sus miembros, lanzó un pequeño grito, se levantó á medias de la silla, extendió hácia Pecopin sus largas manos de esquelito, fijó en él su mirada de fantasma y dijo, con voz débil y huesosa, que parecia salir de un sepulcro:

—Cielos! caballero Pecopin! ¿qué queréis? es preciso deciros misas? Dios mio! Caballero Pecopin, ¿conque es cierto que habeis muerto, cuando se me aparece vuestra sombra?

—Pardiez, buena señora, contestó Pecopin echándose á reír y hablando muy

alto para que Bauldour le oyese si estaba en su oratorio, aunque un poco sorprendido de que la dueña supiese su nombre; yo no he muerto. No es mi sombra la que aparece, soy yo, Pecopin, que vuelve en carne y hueso si no lo tomáis á mal. Y yo no quiero misas, yo lo que quiero es un beso de mi prometida, de Bauldour, á la que amo más que nunca. Lo entendeis, buena señora?

Al acabar de decir estas palabras, la vieja se arrojó á su cuello.

Era Bauldour.

Ay de mí! la noche de caza del diablo habia durado cien años.

Bauldour no habia muerto, gracias á Dios ó al demonio; pero en el momento en que Pecopin, tan jóven y más bello quizás que nunca, la volvía á encontrar y la volvía á ver, la pobre tenia ciento veinte años y un dia.

XIX.

Bellas y prudentes palabras de cuatro filósofos bipedos adornados con plumas.

Pecopin, desatinado, huyó. Bajó precipitadamente la escalera, atravesó el patio, empujó la puerta, pasó el puente, trepó la vertiente, franqueó el barranco, saltó el torrente, se abrió paso entre la maleza, escaló la montaña y se refugió en el bosque de Sonneck. Corrió todo el dia, azorado, espantado, desesperado, loco. Amaba siempre á Bauldour, pero tenia horror á aquel espectro. No sabia ya dónde se agitaba su espíritu, dónde se animaba su memoria, dónde tenia su corazon. Llegada la tarde, al ver que se acercaba á las torres de su castillo natal, desgarró sus ricos vestidos irónicos, que procedian del diablo, y los arrojó en el profundo torrente de Sonneck. Despues se arrancó los cabellos, y de pronto se apercibió que tenia en la mano un puñado de cabellos blancos. Luego sintió que de improviso sus rodillas temblaron, que estaba derrengado su cuerpo, y se vió obligado á apoyar en un árbol sus manos, que habian quedado horrorosamente arrugadas. En el extravío de su dolor, no teniendo ya conciencia de lo que hacia, habia cogido el talisman que llevaba colgado al cuello, habia roto la cadena y lo habia arrojado al torrente al mismo tiempo que sus vestidos.

Y las palabras de la esclava de la sultana se habian cumplido en el acto. Acababa de envejecer cien años en un minuto. Por la mañana habia perdido

sus amores; por la tarde perdía su juventud. En aquel momento, por la tercera vez en aquella fatal jornada, álguien lanzó una carcajada en alguna parte detrás de él. Se volvió y no vió á nadie; era el diablo que se reía en su caverna.

¿Qué hacer despues de este cúmulo de desdichas? Recogió un palo que habia en tierra, olvidado por algun leñador, y apoyado en él se dirigió penosamente hácia el castillo, que por fortuna estaba muy próximo. Cuando estuvo cerca, vió á los últimos rayos del crepúsculo un grajo, una urraca, un mirlo y un cuervo, que estaban encaramados en el techo de la casa, entre las veletas, como si le estuviesen esperando. Oyó una gallina que no veía y que decía: *Pecopin! Pecopin!* Y oyó un pichon que no veía y que decía: *Bauldour! Bauldour! Bauldour!* Entonces se acordó de su sueño en Bacharach y de las palabras que le dirigió en otro tiempo—¡ay de mí! ¡hacia ciento cinco años de esto!—el viejo que arreglaba las cepas á lo largo de un muro: *Señor, para el jóven, el mirlo silba, el grajo garrula, la urraca chilla, el cuervo grazna, el pichon arrulla, la gallina cacarea; para el viejo, los pájaros hablan.*

Prestó, pues, el oído, y hé aquí el diálogo que escuchó:

EL MIRLO.

Por fin ya está de regreso nuestro cazador. Salud!

EL GRAJO.

Quien se vá por solo un día suele estarse un año.

EL CUERVO.

Tú cazaste el águila, y el buitro y hasta el milano de Heimbürg.

LA URRACA.

Más valiera que cazaras en esa extension azul la bella ave del amor.

LA GALLINA.

Pecopin!

EL PICHON.

Bauldour! Bauldour!

CARTA XXII.

Bingen.

Un recuerdo al pintor Poterlet.—Bingen.—Un poco de historia.—Cómo se forman las ciudades en las confluencias.—Paisaje.—El Johannisberg.—El Niederwald.—El Ehrenfels.—El Ruppertsberg.—Las ruinas de Disibodenberg.—Todas las especies de antítesis que Dios se complace en hacer.—El autor denuncia á la indignacion pública la abominable restauracion de la abadía de San Dionisio.—Bingen á vuelo de pájaro.—La cancion de Barbaroja.—Los poetas son emperadores; conviene que de vez en cuando los emperadores sean poetas.—Canto de Quasimodo cantado en el Rhin.—Rudesheim.—Elo-

gio sentido y literario del viento del Sud.—Cómo se come en Bingen.—Un mayor gordo y un sábio raquítico.—Monografía de la mesa redonda.—El señor Cosa y el señor Máquina.—El poeta y el abogado.—Las sagres azules.—El autor desafía al que quiera á que comprenda lo que se dice en las últimas veinte líneas de esta carta.

Maguncia 15 Setiembre.

Me riñes en tu última carta, amigo mio, y en parte tienes razon y en parte no. No tienes razon en lo que dices de la iglesia de Epernay, porque realmente yo no he escrito lo que tú crees haber leído. Y al mismo tiempo tienes razon, porque al parecer no me he expresado con bastante claridad. Me escribes que has adquirido antecedentes con motivo de la iglesia de Epernay, "que me he equivocado atribuyéndola á M. Poterlet-Galichet, cuando M. Poterlet-Galichet, probo, digno y honrado ciudadano de Epernay, es perfectamente extraño á la construccion de la iglesia, y que á mayor abundamiento hay en la ciudad dos hombres muy distinguidos que llevan el nombre de Poterlet, un ingeniero de raro mérito y un jóven pintor lleno de porvenir." Suscribo á todo lo que dices, y yo mismo he conocido, hace diez años, un jóven y agradable pintor que se llamaba Poterlet, y que, si la muerte no le hubiese arrebatado á los veinticinco años, seria hoy un gran talento para el público, como era en 1829 un gran talento para sus amigos. Pero yo no he dicho lo que tú me haces decir. Vuelve á leer mi carta, me parece que es la segunda; yo no atribuyo en ella poco ni mucho la iglesia de Epernay á M. Galichet. Digo tan solo: "Esa iglesia me causa el efecto de haber sido edificado, etc." Un chiste sin malicia, que únicamente puede referirse á la iglesia.

Zanjada esta pequeña cuenta, vuelvo de Epernay á Bingen.

La transicion es brusca y el paso ancho; pero tú eres de esos oyentes inteligentes y afectuosos, penetrados de la necesidad de las cosas y de la ley de las naturalezas, que conceden á los poetas las transiciones y á los soñadores los saltos.

Bingen es una preciosa y bonita ciudad, blanca y negra á la vez, grave como una ciudad antigua y alegre como una ciudad nueva, que desde el cónsul Druso hasta el emperador Carlo-Magno, desde el emperador Carlo-Magno hasta el arzobispo Willigis, desde el arzobispo Willigis al mercader Montemagno, desde el mercader Montemagno hasta el visionario Holzhausen, desde el visionario Holz-

hausen hasta el notario Fabre, que domina actualmente en el castillo de Druso, se ha aglomerado y amontonado poco á poco, casa á casa, en la Y del Rhin y del Nahe, como el rocío se recoge gota á gota en el cáliz de una flor de lis. Permíteme esta comparacion, que tiene el defecto de ser florida, pero que tiene el mérito de ser verdadera y que representa fielmente y en todos los casos posibles el modo de formarse una ciudad en la confluencia de dos rios.

Todo contribuye á hacer de Bingen una especie de antítesis edificada en medio de un paisaje, que es el mismo una antítesis viviente. La ciudad, comprimida á la derecha por el riachuelo y á la izquierda por el rio, se desenvuelve en forma de triángulo alrededor de una iglesia gótica, que se apoya por la espalda en una ciudadela romana. En la ciudadela, que data del siglo primero, y que ha servido mucho tiempo de guarida á los caballeros bandidos, hay una huerta del cura párroco; en la iglesia, que es del siglo quince, está la tumba de un doctor casi hechicero, ese Barthelemy de Holzhausen, que el elector de Maguncia habria hecho quemar probablemente como adivino si él no le hubiese pagado como astrólogo. Del lado de Maguncia resplandece, chispea y verdea la famosa llanura-paraiso que franquea la entrada al Rhingau. Del lado de Coblenza las sombrías montañas de Leyen fruncen el entrecejo. Aquí la naturaleza rie como una hermosa ninfa tendida completamente desnuda sobre la yerba; allí amenaza como un gigante acostado.

Mil recuerdos, representados uno por un bosque, otro por una roca, otro por un edificio, se mezclan y se chocan en este rincon del Rhingau. Allá abajo ese ribazo verde es el festivo Johannisberg; al pié del Johannisberg, ese formidable castillejo cuadrado que flanquea el ángulo de la fuerte ciudad de Rudesheim, ha servido de cabeza de puente á los romanos. En la cima del Niederwald, que está enfrente á Bingen, al borde de un admirable bosque, en la montaña que comienza ahora el encajonamiento del Rhin, y que anteriormente á los tiempos históricos obstruía la entrada un pequeño templo de blancas columnas, parecido á una rotunda de café parisien, se levantan por encima del melancólico y soberbio Ehrenfels, construido en el siglo doce por el arzobispo Siegfried, tétricas torres, que han sido en otro tiempo una formidable ciudadela y hoy son una

magnífica ruina. El juguete domina y humilla la fortaleza. Al otro lado del Rhin, en el Ruppertsberg, que mira al Niederwald, en las ruinas del convento de Disibodenberg, el pozo bendito, excavado por Santa Hildegarda, sufre la vecindad de la infame torre construida por Hatto. Las vides cercan el convento, los remolinos rodean la torre. En la torre se han establecido herreros; la oficina de las aduanas prusianas se ha instalado en el convento. El espectro de Hatto escucha sonar el yunque y la sombra de Hildegarda presencia el precinto de los bultos.

Por un contraste extraño, el motin de Civilis que destruyó el puente de Druso, la guerra del Palatinado que destruyó el puente de Willigis, las legiones de Tutor, las contiendas de los gangraves Adolfo de Nassau y Didier d'Isembourg, los normandos en 890, los vecinos de Creuznach en 1279, el arzobispo Baudoin de Tréveris en 1334, la peste en 1349, la inundacion en 1458, el baile palatino Goler de Ravensberg en 1496, el landgrave Guillermo de Hesse en 1504, la guerra de los treinta años, los ejércitos de la revolucion y del imperio, todas las devastaciones han atravesado sucesivamente esta llanura feliz y serena, en tanto que las más maravillosas figuras de la liturgia y de la leyenda, Gela, Jutta, Liba, Guda, Gisela, la dulce hija de Brømsen; Hildegarda, la amiga de San Bernardo; Hiltrude, la penitente del papa Eugenio, han habitado unos tras otros estas siniestras rocas. El olor de sangre aun se percibe en la llanura, el perfume de las santas y de las hermosas aun llena la montaña.

Cuando más se examina este precioso sitio, más se multiplica la antítesis ante la mirada y el pensamiento. Se ofrece bajo mil formas. En el momento en que el Nahe desemboca á través de los arcos del puente de piedra, sobre el parapeto desde el cual el leon de Hesse vuelve la espalda al águila de Prusia, lo que hace decir á los hesseses que la desdenea y á los prusianos que tiene miedo; en el momento, digo, en que el Nahe, que llega tranquilo y lento del Monte-Trueno, sale por debajo de ese puente-límite, el brazo verde de bronce del Rhin sujeta bruscamente al blondo é indolente riachuelo y lo sumerge en el Bingerloch. Lo que pasa en el remolino es asunto de los dioses. Pero nada más cierto que jamás Júpiter entregó náyade más adormecida á rio más violento.

La iglesia de Bingen está revocada de color gris, tanto por fuera como por dentro. Esto es absurdo. Sin embargo, te declaro que las abominables restauraciones que se hacen al presente en Francia acabarán por reconciliarme con el revoque. Sea dicho de paso, no conozco nada en este género más deplorable que la restauración de la abadía de San Dionisio, que habrá terminado á estas horas ¡ay de mí!, y la restauración de Nuestra Señora de Paris, bosquejada en este momento. Algun día volveré, tenlo por cierto, á ocuparme de estas dos operaciones bárbaras. No puedo prescindir de un sentimiento de vergüenza personal cuando pienso que la primera se ha efectuado á nuestras puertas y la segunda se realiza en el centro mismo de Paris. Todos somos culpables de este doble crimen arquitectural, por nuestro silencio, por nuestra tolerancia, por nuestra inercia, y la posteridad sobre todos nuestros contemporáneos hará un día recaer justamente su reprobación y su indignación, cuando, en presencia de dos edificios desfigurados, degenerados, parodiados, mutilados, disfrazados, deshonrados, afeados, nos pida cuenta de esas dos admirables basílicas, bellas entre las iglesias bellas, ilustres entre los ilustres monumentos, una que era la metrópoli de la dignidad real y la otra que era la metrópoli de Francia.

Bajemos la cabeza de antemano. Restauraciones como estas equivalen á demoliciones.

El revoque se contenta con ser estúpido. No es devastador. Ensucia, unta, mancha, blanquea, pica, ridiculiza, afea; no destruye. Arregla el pensamiento de César Cesariano ó de Herwin de Steinbach, como la fachada de Gauthier Garguille, poniéndoles una careta de yeso. Ni más ni menos. Desengrasa esta pobre fachada embadurnada de blanco, de amarillo, ó de rosa, ó gris, y encontrarás viva y pura la venerable cara de la iglesia.

Sentarse en lo alto del Klopp hácia la hora en que el sol declina y mirar desde allí la ciudad á sus piés y alrededor de sí el inmenso horizonte; ver oscurecerse los montes, humear los techos, desplegarse las sombras y vivir en el paisaje los versos de Virgilio; aspirar en un mismo soplo las emanaciones de los árboles, el aliento del río, la brisa de las montañas y la respiración de la ciudad, cuando el aire es tibio, la estación dulce y el día hermoso, es experimentar una sensación íntima, delicada, inexplicable, llena de pequeños goces secretos, velados por la

grandeza del espectáculo y la profundidad de la contemplación. En las ventanas de las boardillas, jóvenes cantan con los ojos clavados en sus faenas; los pájaros charlan alegremente en las hiedras de la ruina; en las calles hormiguea el pueblo, y ese pueblo produce un ruido de trabajo y de dicha; se cruzan barcas en el Rhin, oyense los remos cortar la ola, se vé temblar las velas; las palomas vuelan alrededor de la iglesia, el río reverbera, el cielo palidece; un rayo de sol horizontal tiñe de púrpura á lo lejos el polvo del camino ducal de Rudesheim á Biberich, y hace chispear las rápidas carretelas que parecen huir en una nube de oro llevadas por cuatro estrellas. Las lavanderas del Rhin extienden sus trapos en los zarzales; las lavanderas del Nahe lavan su ropa blanca, van y vienen, las pantorrillas desnudas y los piés mojados, en almadías formadas de troncos de pinos amarrados á la orilla del agua, y se rien de algun viajero que dibuja el Ehrenfels. La torre de las Ratas, presente y en pié en medio de esta alegría, humea en la sombra de las montañas.

El sol se oculta, la tarde fina, la noche se aproxima, los techos de la ciudad aparecen como un solo techo, los montes se confunden en un solo monton de tinieblas, donde se hunde y se pierde la gran claridad blanca del Rhin. Brumas de gasa suben lentamente del horizonte al zenit; el pequeño dampschiff de Maguncia á Bingen acaba de atracar en el sitio que ocupa de noche á lo largo del malecón, frente por frente del hotel Victoria; las lavanderas, con sus lios de ropa á la cabeza, vuelven á sus casas por los caminos hondos; los ruidos se extinguen, las voces se apagan; una última luz rosada, que se parece al reflejo del otro mundo en el rostro lívido de un moribundo, colora todavía algun tiempo, en la cima de su roca, el Ehrenfels, pálido, decrepito y descarnado. Despues la luz se desvanece, y entonces parece que la torre de Hatto, casi desapercibida dos horas antes, se agranda de repente y se apodera del paisaje. Su humo, que era oscuro mientras alumbraba el día, se enrojece ahora poco á poco á las reverberaciones de la fragua, y como el alma de un malvado que se venga, se vuelve luminoso á medida que el cielo se vuelve negro.

Hace unos días estaba en la plataforma del Klopp, y mientras que todo este desvarío se realizaba á mi alrededor, cuando habia dejado mi espíritu vagar

yo no sé por dónde, se abrió súbitamente una ventana más abajo de mis piés, brilló una vela, una joven se puso de pechos á la ventana, y oí una voz clara, fresca, pura—la voz de la joven,—cantar esta canción con un aire lento, quejumbroso y triste:

Plas mi cavalier frances,
E la dona catalana,
E l' ouraz del ginoes,
E la court de castelana,
Lou contaz provencales,
E la danza trevizana,
E lou corps aragones,
La mans a kara d' angles,
E lou donzel de Toscana.

Reconocí los festivos versos de Federico Barbaroja, y no sabria decirte qué efecto me causó, en esta ruina romana metamorfoseada en villa de notario, en medio de la oscuridad, á la luz de esa vela, á doscientas toesas de la torre de las Ratas, cambiada en cerrajería, á cuatro pasos del hotel Victoria, á diez pasos de un buque de vapor ómnibus, esta poesía de emperador convertida en poesía popular, ese canto de caballero convertido en canción de muchacha, esas rimas romanas acentuadas por una boca alemana, esta alegría del tiempo pasado transformada en melancolía, ese vivo rayo de las Cruzadas atravesando la sombra que le separa del presente y arrojando bruscamente su luz hasta mí, pobre soñador aturdido.

Por lo demás, puesto que te hablo aquí de los aires que he llegado á oír en las orillas del Rhin, ¿por qué te he de ocultar que en Braubach, en el momento en que nuestro dampschiff se estacionaba delante del puerto para el desembarco de los viajeros, los estudiantes, sentados en el tronco de un pino desatado de alguna almadía de la Murg, cantaban en coro, con palabras alemanas, ese admirable aire de Quasimodo, que es una de las bellezas más salientes y más originales de la ópera de Mlle. Bertin? No lo dudes, amigo mio, el porvenir volverá á colocar en su lugar esa severa y notabilísima ópera, rechazada á su aparición con tanta violencia y proscrita con tanta injusticia. El público, embaucado con demasiada frecuencia por los tumultos rencorosos que se crean alrededor de todas las grandes obras, revisará al fin y á la postre el juicio apasionado fulminado unánimemente por los partidos políticos, las rivalidades musicales y las pandillas literarias, y sabrá admirar un día esta dulce y profunda música, tan patética y tan robusta, tan graciosa en

algunos pasajes y tan triste en algunos momentos; creación en la que se mezclan, por decirlo así, en cada nota lo que hay de más tierno y lo que hay de más grave, el corazón de una mujer y el espíritu de un pensador. Alemania le hace ya justicia; Francia se la hará muy en breve.

Como yo desconfío un poco de las curiosidades locales explotadas, no he ido á ver, te lo confieso, la milagrosa asta de toro, ni el lecho nupcial, ni la cadena de hierro del viejo Bramser. En revanche he visitado el castillejo cuadrado de Rudesheim, habitado en estos instantes por un dueño inteligente, que ha comprendido que esta ruina debia guardar un exterior ruinoso para conservar su apariencia de palacio. Las molduras son como los hidalgos, tanto más nobles cuanto más antiguos. ¡Fué admirable mansion ese castillejo cuadrado! Cuevas romanas, murallas romanas, una sala de los caballeros, en la que la mesa está iluminada por una sola lámpara adornada con florones, semejante á la de la tumba de Carlo Magno; vidrios del Renacimiento; molosos, casi homéricos, que ladran en el patio; linternas de hierro del siglo trece colgadas en las paredes, estrechas escaleras de caracol, calabozos cuyo abismo espanta, urnas sepulcrales colocadas en una especie de osario, todo un conjunto de cosas negras y terribles, en la cúspide del cual se espacia un enorme monton de verdura y de flores, que lo constituyen las mil vegetaciones de la ruina, que el propietario actual, hombre de verdadero gusto, mantiene, afirma y cultiva. Esto forma una terraza odorífera y espesa, desde donde se contemplan las magnificencias del Rhin. Hay alamedas en este monstruoso ramillete, por las que se pasean. De lejos es una corona, de cerca es un jardín.

Las laderas de Johannisberg abrigan ese venerable castillejo y lo protegen de las inclemencias del Norte. El viento tibio del Mediodía se abre paso en él por las ventanas abiertas en el Rhin. No conozco soplo más encantador ni viento más literario que el viento del Sud. El hace germinar en la cabeza las ideas rientes, profundas, serias y nobles. Reanimando el cuerpo, parece que ilumina el espíritu. Los atenienses, que han impreso allí su huella, han expresado este pensamiento en una de sus más ingeniosas esculturas. En los bajo-relieves de la torre de los Vientos, los vientos hela-

dos son feos, peludos, tienen el aire estúpido y visten como los bárbaros; en cambio los vientos suaves y cálidos van vestidos como los filósofos griegos.

En Bingen veía algunas veces en el extremo opuesto de la sala donde yo comía dos mesas muy diferentemente servidas. En la una se sentaba solo completamente un mayor bávaro grueso, que hablaba un poco el francés, el cual miraba pasar todos los días por delante de él, sin que apenas la tocara, una verdadera comida alemana completa, de cinco platos. En la otra apoyaba melancólicamente los codos ante un plato de repollo en conserva un pobre diablo, que, después de haberse engullido su desabrida pitanza, acababa de comer devorando con los ojos el festin pantagruélico de su vecino. Jamás he comprendido más claramente que en presencia de esta viviente parábola la frase de Ablancourt: *La Providencia pone ordinariamente el dinero á un lado y el apetito al otro.*

El pobre diablo era un joven sabio, pálido, serio y melencólico, muy apasionado por la entomología y algo enamorado de una criada de la hostería, lo que constituye un gusto de sabio; por más que un sabio enamorado es un problema para mí. ¿Cómo se concilia la pasión con sus sobresaltos, sus cóleras, sus celos y su tiempo perdido, en medio de ese tranquilo encadenamiento de estudios exactos, de fríos experimentos y de minuciosas observaciones que forman la vida del sabio? ¿Te imaginas tú, por ejemplo, de qué manera podía estar enamorado el doctor Huxham, que en su bello tratado *De aere et morbis epidemicis* ha consignado, mes por mes, desde 1724 á 1746, las cantidades de lluvia caídas en Plymouth por espacio de veintidos años consecutivos?

¿Te puedes suponer á Romeo con la vista clavada en el microscopio, contando las diez y siete mil facetas del ojo de una mosca; á Don Juan con mandil de sarga, analizando el paratartrato de antimonio y el paratartrivinato de potasa, y á Otelo encorvado sobre un lente de primer grado buscando *gaillonnelles* y *gomfehonemes* en la harina fósil de los chinos?

Pero sea lo que fuere, y á pesar de toda teoría contraria, mi entomologista estaba enamorado. Algunas veces hablaba, hablaba francés mejor que el mayor, y tenía formado un sistema bastante bueno del mundo, pero no tenía un cuarto.

Me gustan los sistemas, aunque creo

poco en ellos. Descartes desvaría, Huyghens modifica los desvarios de Descartes, Mariotte modifica las modificaciones de Huyghens. Donde Descartes vé estrellas, Huyghens vé glóbulos y Mariotte vé agujas. ¿Qué hay de probado en todo esto? Nada más que la corta duración del hombre y la grandeza de Dios.

Esto es algo.

Después de todo, lo repito, me gustan los sistemas. Los sistemas son las escalas por medio de las cuales se sube á la verdad.

Algunas veces un joven sabio venía á beber una botella de cerveza á la hora de comer en la mesa redonda; yo cogía un periódico, me sentaba en el alféizar de una ventana y observaba. La mesa redonda del hotel Victoria ofrecía un conjunto, por lo diverso, poco armonioso como todo lo que el azar hace por justaposición. Había en la cabecera una dama inglesa bastante vieja con tres hermosos niños. Parecía más dueña que nodriza, más tía que madre. De veras compadecí á los pequeñines, pues la mano de aquella buena señora era un almacén de pescaciones. El mayor comía algunas veces al lado de esta señora para entrar en apetito. Hablaba con un abogado parisien que estaba de vacaciones y se dirigía á Baden, porque, según decía, era preciso ir allí, ya que todo el mundo iba. Junto al abogado un hidalgo noble y digno, de cabellos blancos, más que octogenario, que tenía ese aspecto dulce que dá la proximidad de la tumba y que citaba con gusto versos de Horacio. Como no tenía dientes, la palabra *mors* al pronunciarla se cambiaba en *mox*, lo que en aquella boca de viejo tenía un sentido melancólico.

Enfrente del viejo se colocaba un caballero que hacía versos franceses, y que leyó un día á sus compañeros de mesa, después de beber, un ditirambo en versos libres á Holanda, en el que hablaba pomposamente de las arengas que salen del mar. Arengas en el mar! Confieso que por mi parte apenas si hubiese encontrado en él más que arenques.

El conjunto lo completaba dos gruesos comerciantes alsacianos, enriquecidos por el contrabando de las pieles de comadreja, que hoy son electores y jurados, y que fumaban sus pipas, refiriéndose el uno á otro siempre las mismas historias. Cuando las concluían las volvían á empezar.

Como estaban acostumbrados á olvidar el nombre de las personas con quienes

hablaban, el uno decía *M. Cosa* y el otro *M. Máquina*, y se entendían.

El que hacía versos, el poeta, si así quieres llamarle, era un buen mozo clásico, filósofo, constitucional, irónico y volteriano, que se complacía en *socavar*, como él decía, las preocupaciones, es decir, en insultar, repitiendo á cada instante los lugares comunes contra las antiguallas, muchas cosas serias, misteriosas y santas que los hombres respetan. Tenía predilección en *dar*, esta era su expresión, grandes lanzadas en los errores humanos, y aunque nunca llegó á atacar los verdaderos molinos de viento del siglo, en sus ratos de buen humor se daba á sí mismo el nombre de *Don Quijote*. Yo le llamaba *Don Quijote*.

A veces el poeta y el abogado, á pesar de que eran á propósito para entenderse, disputaban entre sí.

El poeta, para completar su retrato, era una inteligencia ininteligible, un espíritu perturbado en todo, uno de esos hombres contrariados que se les atragantan las palabras hablando y hacen garabatos escribiendo. El abogado le aplastaba con su superioridad. Alguna vez el poeta se cegaba y llegaba á incomodar al otro. Entonces el abogado, irritado, hablaba por espacio de dos horas con una elocuencia clara, límpida, corriente, transparente, inagotable, como habla la llave de una fuente cuando se le dá vuelta para que salga el agua.

Con esto el entomologista, que tenía ingenio, se divertía á su vez en aplastar al abogado. Hablaba de veras bien, se hacía admirar entre bastidores, y de vez en cuando dirigía á un lado sus miradas si la hermosa maritornes le escuchaba.

Había un día perorado muy pertinentemente á propósito de la virtud, de la resignación y de la abnegación, pero no había comido. Convengamos en que la filosofía es un plato muy descarnado cuando no hay nada que echarle encima. Yo le invité á comer, y aunque él adivinase mi intención, á las dos ó tres palabras que pronuncié, indicando el país de dónde era, aceptó de buen grado. Hablamos durante la comida, se hizo amigo mio é hicimos juntos algunas excursiones á la isla de las Ratas y á la orilla derecha del Rin. Yo pagaba al batelero.

Una tarde, al volver de la torre de Hatto, le rogué que cenase conmigo. El mayor estaba en la mesa. Mi docto compañero había cogido en la isla un precioso escarabajo de coraza azul, y, al enseñármelo, se le ocurrió decirme: *No hay*

nada tan hermoso como LES SAGRES BLEUES (1). El mayor, que le estaba escuchando, no pudo contenerse y le interrumpió, diciendo: *PARBLEU, caballero, los SACREBLEU algunas veces sirven para hacer avivar el paso á los soldados y á los caballos, pero no sé que tengan nada de hermoso.*

Hé aquí todas mis aventuras en Bingen. Por lo demás, aunque este pueblo no sea grande, es uno de aquellos en donde se esparce más ampliamente, del batelero al cicerone, del cicerone á la criada, de la criada al mozo del meson, esa cascada de propinas que te he descrito en otra ocasión, y á cuyo término la bolsa del infortunado viajero llega perfectamente exterminada, comprimida y vacía.

A propósito; desde Bacharach no se habla ya de thalers, silbergrossen y pfennings, pero nos entendemos por florines y kreutzers. La oscuridad aumenta. Por poco que se aventure uno al entrar en una tienda, entabla con los comerciantes un diálogo parecido á éste:—Cuánto vale esto?—El comerciante responde:—Caballero, un florin cincuenta y tres kreutzers.—Explicaos con más claridad.—Caballero, esto representa un thaler y dos gros y diez y ocho pfennings de Prusia.—Perdonad, no comprendo bien. Y en moneda de plata francesa?—Caballero, un florin vale dos francos, tres sueldos y un céntimo; un thaler de Prusia vale tres francos y tres cuartos; un silbergrossen vale dos sueldos y medio; un kreutzer vale las tres cuartas partes de un sueldo; un pfenning vale las tres cuartas partes de un liard.—Entonces respondo como el Don César que tú sabes: *Eso es perfectamente claro*, y abro mi bolsa descuidadamente, entregándome á la proverbial hombría de bien, que es probablemente el altar de los ubianos de que habla Tácito. *Ara ubiorum.*

Las tinieblas se complican con la pronunciación. *Kreutzer* se pronuncia entre los hesseses *creusse*, entre los badenses *criche* y en Suiza *cruche*.

(1) Como quiera que de traducirse la totalidad de las frases desaparecería el juego de palabras combinado por el autor, pues en castellano no las hay parecidas ó análogas, hemos optado por dejar en francés aquellas que encierran la gracia de la frase.